

REVISTA DE LIBROS

Utilidad, deseo, virtud. La formación de la idea moderna del trabajo, de FERNANDO DíEZ. BARCELONA, PENÍNSULA, 2001, 303 pp., 15.03 €.

En relación con la historia de las ideas, desde la filosofía, pueden formularse dos cuestiones; la relativa al modo como aquélla puede ilustrar la historia misma y la que hace referencia a las relaciones con la historia del pensamiento. Para nuestro propósito consideraremos la primera. Parece que cabe preguntarse por el papel que desempeñan las ideas en las sociedades. Para responder a la cuestión disponemos de un acervo de teorías, la mayor parte de ellas proveniente del siglo XIX, que nos dan cuenta de las relaciones entre ideas y sociedad. Una de las más características es la de Marx, que nos expone las relaciones entre base y superestructura (ideología e instituciones ideológicas). La teoría marxiana desvela la función de las ideas: son mecanismos de justificación de los modos de producción de las sociedades. En la consideración marxiana, elementos espurios desde el punto de vista del cambio de la sociedad, y útiles, desde el de las clases sociales hegemónicas. Lo cierto es que, con teorías de este estilo se oculta aquello que se pretende esclarecer, a saber, que las sociedades precisan de discursos legitimadores, que están a medio camino entre la legitimación y la prescripción de la acción. La historia de las ideas nos pone de manifiesto, en igual medida, los mecanismos teóricos de justificación de modos de vida, a la vez que prescripciones que nos indiquen qué debemos hacer o no hacer. En ningún caso mejor traída —la historia de las ideas— que sobre el trabajo. Hay dos razones para ello, por la importancia del trabajo en la conformación de las sociedades modernas —capitalistas, predominantemente—, y por la aportación de la idea de trabajo a la idea de Ilustración y, por ende, de modernidad.

La obra que nos ocupa afronta la cuestión de un modo inédito hasta el presente en la bibliografía española. Trata de esclarecer la relación entre trabajo productivo y sociedad ocupada, trabajo y pobreza, trabajo y virtud, trabajo y lujo y felicidad. El periodo del que se ocupa comprende el siglo XVIII, y los autores a los que se pasa revista aquí van desde Genovesi hasta Hume pasando por Mandeville, Diderot y Montesquieu o Adam Smith, así como algunos otros que han pasado desapercibidos para la historia de las ideas y que, sin embargo, han hecho contribuciones de mérito a la idea de trabajo, como es el caso de Antonio de Capmany o Antonio Muñoz. La tesis del autor nos quiere llevar al descubrimiento de la idea de trabajo de la Ilustración, en la que ésta se establece a partir de una constelación de relaciones en la que participan factores como la naturaleza humana, pasiones y sentimientos, necesidades e intereses, así como la necesidad de códigos morales que sirvan de guía de la acción del trabajo, o aquellos estrictamente económicos, en los que la idea de trabajo se asocia ya a la necesidad de superar la intervención de las instancias del Estado como ocurre en el liberalismo económico. En este juego de relaciones el autor descubre motivos ideológicos distintos de los indicados por Weber en su *Ética protestante y espíritu del capitalismo*; estos motivos ya son mundanos para el autor, en la medida en que en la Ilustración las referencias religiosas han ido perdiendo vigencia para ser sustituidas por necesidades, intereses o sentimientos “naturales”, así como la felicidad como premio del trabajo. Junto a esto se hace presente

la idea de una razón calculadora, que impide el exceso y que hace revivir, en autores como Adam Smith, algunas de las virtudes aristotélicas. Pero apenas debe interpretarse esto como un lejano recuerdo de la Antigüedad clásica, en la que las virtudes dependían aún de un ideal contemplativo que desaparece de la faz de Europa con la nueva ciencia, en la que el saber debe vincularse a la utilidad y, lo que aún es peor, al dominio de la naturaleza —y de los hombres— como sucedía en Bacon. Estos tonos sombríos, sin embargo, distan del optimismo de muchos de estos autores que creen en la bondad del individuo, que con su esfuerzo será capaz de alcanzar la felicidad, siempre que controle y administre prudentemente sus pasiones, incluso, como nos recuerda el autor, la pasión del trabajo, como sucede en Adam Smith. El mismo optimismo que se observa en Montesquieu que descubre en *el espíritu del comercio* las bondades de la sociabilidad y el impulso de las virtudes como la parsimonia, la templanza, la regla o la laboriosidad. Finalmente, se aborda el estudio de los autores que mantienen una actitud crítica en relación con el trabajo. De ellos ningún otro expresa la idea del republicanismo mejor que Rousseau. Mantiene el ginebrino posiciones diferentes a las de Adam Smith, Montesquieu o Mandeville en relación con el trabajo, puesto que no descubre en el trabajo de la sociedad comercial aquellas cualidades que controlan las pasiones y propician la virtud; más bien ve en el trabajo de la sociedad comercial una fuente de desigualdad, de afirmación egoísta y de deterioro físico y mental de los trabajadores. Su propuesta está vinculada con la idea de trabajo como medio suficiente para cubrir las necesidades, así como para alcanzar un desarrollo integral del individuo. Se pone de manifiesto de este modo la controversia de ideas que se da ya en el seno mismo de la época de la Ilustración entre sus principales actores teóricos.

Entramos aquí en el detalle de la exposición de la obra en la medida en que nos permite ver la dimensión de las cuestiones de las que se trata con un alto grado de erudición y profundidad, a la vez que descubrir su transcendencia histórica posterior. De las múltiples perspectivas que este libro nos abre, es de reseñar la vinculación del trabajo con la virtud, uno de los últimos intentos de presentarnos el trabajo de las sociedades industriales de forma benévola y secularizada. Así, los autores del liberalismo económico vieron en el trabajo una escuela de virtudes a la vez que un medio de control de las pasiones, además de su evidente significación económica. Sin embargo, la crítica de Rousseau a esta visión ingenua del trabajo será el antecedente del concepto de trabajo concebido como alienación. En este sentido, la obra que comentamos constituye un precedente necesario de lo que ocurrirá en el siglo XIX, cuando la discusión sobre la idea de trabajo habrá de adquirir dimensiones históricas revolucionarias. El autor tiene delante de sí un horizonte de investigación amplio, aunque más complejo y controvertido, entre otras razones, por mejor conocido.

La obra que comentamos está investida de todos los requisitos de una investigación científica de amplias perspectivas y profundidad, que atiende a intereses interdisciplinarios, y que para la filosofía cumple el cometido de esclarecer históricamente algunos de los motivos de discusión ética, y, sobre todo, poner de manifiesto la complejidad y ambivalencia de la no comprendida del todo e influyente en nuestro tiempo Ilustración.

Cesáreo Villoria

C/ Escultor Laviada, 8, 6º C, E-33012 Oviedo

E-mail: cesareovilloria@terra.es